

Las señoritas quieren bailar

Pablo Molinet

EN LA PRIMERA MITAD DE LOS NOVENTA, un lector local acudía todos los domingos a *La Jornada Semanal* y a *El Ángel* —suplementos que por su formato y alcances valían por revistas—; la primera semana de cada mes, a *Casa del Tiempo*, a la *Revista de la Universidad*, a *Viceversa*, a *Nexos* y a *Vuelta*; cuando podía, indagaba en *The New York Review of Books*, en la *Revista de Occidente*, en *Le Monde des Livres*.

Ese lector de 1994 se hacía de una idea bastante fiel de los acontecimientos literarios de la hora mediante un sistema de publicaciones que poseía un par de rasgos cuya mutación será clave una década después. El primero es la complementariedad; si debe temerse al hombre de un solo libro, debe compadecerse al de una sola revista. Los gustos y los intereses de nuestro lector imaginario componían y componen una sola revista, personal y cambiante. El otro rasgo significativo atañe a los tiempos de publicación y lectura. Cuento tres plazos editoriales: uno largo, de importación —ejemplares, traducciones—, de unos seis meses; otro intermedio, la edición de revistas: un mes; otro comparativamente brevísimo: el de los suplementos semanales.

Villemard, *Visions de l'an 2000* (1899)





Todavía hace 18 años, en 1994, el lector ejercía su autoridad selectiva en plazos dilatados que le conferían al acto de leer revistas un estatuto distinto. Abrirlas, recorrerlas, sorprenderse, indignarse, era todo un acontecimiento; cualquier cosa que contuvieran sería un hallazgo.

En 2012 ya no es así. El trabajoso mundo físico —comprar, almacenar, ordenar— se ha desvanecido y, con él, la ceremonia de leer revistas. Con ella se fue una ilusión más sutil y perniciosa: la del soliloquio. Ya no se publica ni edita en un mundo en el cual la refutación de nuestras afirmaciones demoraba *por lo menos* una semana. Curioso espectáculo ofrecen quienes arguyen con vehemencia ante un público que puede acudir al análisis opuesto, de manera cuasi instantánea, en una pestaña paralela del navegador. Hasta principios de siglo, escribir para una revista era ocupar un estrado frente a un auditorio cautivo; hoy día es perorar sobre una caja de jabón en la Speaker's Corner del Hyde Park londinense. Añado: priva una despiadada horizontalidad según la cual una reseña de *Radar* no es mejor a priori que el post de un bloguero sobre el mismo libro.

Los editores de revistas ya no montan un espectáculo para un público que le prestará su atención indivisa —y si no necesariamente cordial, sí respetuosa—, pues pagará cierta suma por presenciarlo y no tendrá cientos de opciones instantáneas al alcance.

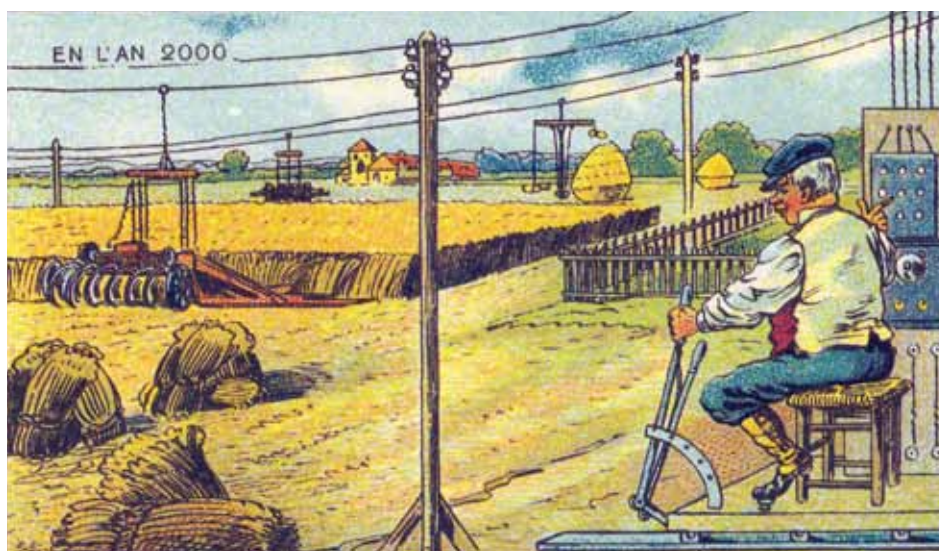
La edición de revistas en línea puede verse como el despojamiento de una investidura, de consecuencias que, si maravillosas para los lectores

—y quizá para la literatura—, son duras para los escritores y los editores. No hay un solo factor externo que retenga al lector. La responsabilidad editorial es empujarlo con ahínco: hacerlo sentir respetado, atendido, *deseado*; intelectualmente provocado y estéticamente complacido. Pero el texto-en-revista debe pelear, en minutos, una batalla contra la indiferencia que, todavía hasta hace 18 años, se posponía por meses y por años.

¿Y por qué, entonces? ¿Por qué las señoritas quieren ir al baile si ya no imponen sus joyas heredadas ni luce su apellido? Porque, a pesar de que ni el ujier las anuncie ni abran el vals, quieren bailar. Las mueve una urgencia más sencilla y corpórea que hace veinte años. No se hablará de sus vestidos, sino de la gracia de sus pasos. Acaso la metáfora pueda extenderse a todo trabajo literario.

Ese es, a mi ver, el motivo esencial de la revista *Fundación*, bimestral, en línea, disponible en el sitio de la Fundación para las Letras Mexicanas: fm.mx

Fundación aspira a reflejar a la comunidad que la alimenta. Escritores jóvenes; en unos se adivina ya la proximidad de un hallazgo único, a otros los esperan kilómetros de cuartillas. El compromiso tácito de *Fundación* es que el lector perciba una escritura comprometida consigo misma, un esfuerzo contra las propias limitaciones, un razonable pavor a la torpeza. No sé si algún genio se gestará en este domicilio, lo que puedo afirmar



con toda calma es que en *Fundación* publican profesionales ávidos de ejercer su oficio.

La revista procura privilegiar el ensayo, pues el lector en línea lo prefiere, quizá porque este género es el que mejor se acomoda a la naturaleza hipervinculada y simultánea de la red. *Fundación* procura además segmentar la densidad de sus materiales: hay lo mismo divertimentos y humoradas que un ensayo decimonónico sobre Stéphane Mallarmé: un mundo de atención dividida nos empuja a dividirnos para habitarlo con eficacia; la revista le da la bienvenida tanto al lector de materiales duros como a ese otro, formado por el Canal 22 y *Algarabía*, que halla entretenimiento en la lectura. La polaridad *high-brow / low-brow* es hoy día descriptiva, no preceptiva.

La revista, buen paradero para lectores de narrativa y poesía, también ofrece un espacio relevante para que los dramaturgos propongan piezas breves o ensayos críticos. Su énfasis en lo visual y lo gráfico busca ser, antes que una concesión, una respuesta crítica y constructiva a su presente.

Como toda revista, *Fundación* es varias cosas invisibles a la vez. Un gesto de respeto por el lector y la literatura; un elogio a la disciplina de la comunidad. Y, ante todo, una invitación al baile. 